Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista.
ISSN: 1989-4651 (electrónico)
Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España (texto legal). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

RIKAP, C. (2026). *Teoría de la dependencia digital*. Buenos Aires: Caja Negra.

En las últimas décadas la digitalización aparece como una promesa de prosperidad, eficiencia y modernización. Tanto los discursos empresariales de Silicon Valley como los gobiernos de distinto signo ideológico asocian sin cuestionamiento innovación tecnológica, crecimiento económico y progreso social. En *Teoría de la dependencia digital*, Cecilia Rikap desmonta esta narrativa y ofrece una de las fotografías más detalladas del capitalismo contemporáneo. Su tesis central es que estamos asistiendo a un nuevo capítulo en la historia de la acumulación capitalista, salvo que los protagonistas de esta etapa ya no son únicamente los Estados o las industrias tradicionales, sino los monopolios digitales que controlan la producción global de conocimiento.

La propuesta de Rikap podría establecer un diálogo muy pertinente con obras fundamentales que narran la historia y transformación de la acumulación de capital entre los que destacan *Capitalismo de plataformas* de Nick Srnicek (2018), *Data Feminism* de Catherine D'Ignazio y Lauren Klein (2020) o *The cost of connection* de Nick Couldry y Ulises Mejías (2019). Todos ellos muestran que el capitalismo no solo acumula capital económico, sino que ha necesitado organizar la realidad mediante códigos como el sexo, la raza o, ahora, el dato. En este sentido, los monopolios intelectuales representan una nueva actualización de esa lógica: la acumulación ya no se sostiene únicamente sobre la explotación del trabajo o de la naturaleza, sino también sobre la apropiación sistemática del conocimiento y de la información producida por la vida misma.

La idea de que el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico pueden convertirse en una herramienta para dominar la naturaleza hunde sus raíces en la revolución científica del siglo XVII. Desde Francis Bacon y el mecanicismo, la ciencia moderna fue asociada con el progreso mediante la explotación racional de los recursos naturales. Ciencia, desarrollo económico y expansión capitalista quedaron así profundamente entrelazados. Este escenario se ha reproducido históricamente adaptándose a nuevas

formas de explotación y de acumulación, llegando hasta nuestro presente con una novedad fundamental: la centralidad de las grandes corporaciones tecnológicas como responsables de la innovación y la producción de conocimiento. Rikap denomina a estos actores monopolios intelectuales. No se trata simplemente de empresas exitosas o de gigantes tecnológicos que acumulan grandes beneficios, sino de organizaciones capaces de controlar simultáneamente a los trabajadores, los procesos de investigación, las infraestructuras digitales y la captura de datos a escala global. Empresas como Amazon, Google, Microsoft o Meta además de vender servicios y mercancías, producen la dependencia que les legitima como monopolios a través del extractivismo de nuestros datos. Uno de los aspectos más interesantes del libro es la formulación de una teoría de la dependencia digital que afecta a todos los campos de la sociedad. Los Estados se han convertido en clientes permanentes de estos monopolios digitales; asimismo, las universidades, sistemas educativos, infraestructuras sanitarias y gobiernos dependen profundamente de las tecnologías, plataformas y servicios que poseen estas corporaciones. El resultado es una asimetría de poder que reduce la capacidad de decisión democrática de la producción y circulación del conocimiento. Al igual que en los años 60 la innovación tecnológica estuvo ligada al aparato militar, actualmente la innovación está planificada para consolidar el control de los monopolios corporativos. Esta concentración es especialmente preocupante si se tiene en cuenta que apenas tres empresas controlan alrededor del 70 % del mercado mundial de infraestructuras en la nube y se benefician de ello. Amazon es uno de los ejemplos más ilustrativos de esta dinámica. Su modelo combina tercerización de tareas, precarización laboral, presión internacional para la desregulación, evasión fiscal y secretismo. Al mismo tiempo, obliga a numerosos actores económicos a depender de sus servicios de computación en la nube. En estas condiciones, la competencia se vuelve cada vez más ilusoria y la dependencia, una realidad.

La construcción masiva de centros de datos constituye otro elemento clave de este momento económico. Frecuentemente presentados como motores de empleo y desarrollo, estos complejos tecnológicos generan pocos puestos de trabajo y tienen consecuencias devastadoras para el entorno. Su función principal no consiste tanto en impulsar la productividad como

en consolidar infraestructuras de vigilancia, almacenamiento y extracción de datos. Rikap cuestiona así una de las creencias más extendidas sobre la economía digital: la idea de que la innovación tecnológica produce automáticamente bienestar social. De hecho, se señala una paradoja significativa. A pesar de las enormes inversiones tecnológicas realizadas durante las últimas décadas, numerosos indicadores muestran un estancamiento o incluso una reducción del crecimiento de la productividad. Los monopolios intelectuales no se orientan prioritariamente hacia la mejora productiva o el aumento de beneficio inmediato, sino hacia el fortalecimiento de sus mecanismos de control, que, a largo plazo, permitirán acumular beneficios reales. Como afirma la propia Rikap, "el monopolio intelectual prioriza inversiones que procuran sostener y ampliar su ejercicio antidemocrático de gobierno mediante inversiones en sistemas informáticos para vigilancia y planificación de toda la cadena productiva" (Rikap, 2026, p. 213).

Rikap nos muestra que esta economía digital es una fase más de la acumulación de capital, consecuencia de la neoliberalización de los años 80, la crisis de 2008 y la digitalización mundial tras la pandemia de la covid-19. En este punto resulta inevitable recordar el concepto de *colonialismo de datos* desarrollado por Nick Couldry y Ulises Mejías, que parece señalar a la *colonialidad del poder* de Aníbal Quijano (2000). Como sostienen ambos autores, "el colonialismo de datos combina las prácticas extractivas depredadoras del colonialismo histórico con los métodos abstractos de cuantificación provenientes de la computación" (Mejías y Couldry, 2019, p. 80). Ahora bien, este modelo de acumulación es aún más extremo y extractivista porque incluso las periferias precarizadas ya no se encuentran exclusivamente en los países históricamente subordinados, sino que la precarización atraviesa también los territorios considerados centrales. No obstante, esta organización sigue reproduciendo la jerarquía colonial propia de la acumulación capitalista, puesto que la mayor parte de los datos se extrae del resto del mundo, pero se monetiza en las principales potencias como Estados Unidos. Los datos se convierten así en una materia prima estratégica que se extrae, apropia y acumula para generar nuevas formas de dependencia económica y política a través de diversos mecanismos entre las que se encuentran las plataformas digitales (Srnicek, 2018, p. 20). Estas

plataformas se encargan de que la vida, la materia y la realidad social queden listas para ser apropiadas y explotadas en forma de dato. La información no está ahí esperando ser capturada, sino que es el propio sistema de plataformas controlado por los monopolios intelectuales que ejercen el colonialismo de datos y decide qué existe como dato y puede ser explotado qué permanece fuera de su campo de inteligibilidad.

Pero ¿y si esa capacidad de recopilar información pudiera orientarse hacia fines distintos de la acumulación? ¿Y si los datos sirvieran para mejorar las condiciones de habitabilidad de la propia materia, mostrar su diversidad o ampliar nuestra comprensión de las múltiples formas de vida? Frente a la teoría de la dependencia digital, Cecilia Rikap propone la soberanía digital, basada en el control público de la investigación, la limitación del poder de los monopolios y la capacidad de decidir democráticamente qué tecnologías desarrollar, con qué objetivos y bajo qué criterios. La autora defiende modelos públicos de inteligencia artificial, software libre, código abierto y redes sociales gestionadas democráticamente para ámbitos como la educación o los servicios públicos. En definitiva, recuperar la capacidad colectiva para orientar la ciencia y la tecnología hacia objetivos distintos de la acumulación y el extractivismo.

Esta propuesta puede ponerse en diálogo con *Data Feminism*. Catherine D'Ignazio y Lauren Klein recuerdan que los datos nunca son neutrales: decidir qué cuenta como dato, quién lo recopila y con qué finalidad constituye ya una decisión política. Como insisten las autoras, «los datos nunca están en bruto»: toda recopilación implica ya una selección, una clasificación y una jerarquización de aquello que merece ser registrado. Sus contradatos buscan precisamente disputar esa lógica extractivista produciendo otras formas de registrar y representar la realidad. La resistencia no consiste únicamente en limitar el poder de los monopolios digitales, sino también en transformar los propios procesos de producción de datos para orientarlos hacia fines democráticos y de justicia social. No se trata solo de producir más datos, sino de preguntarse qué cuerpos, qué experiencias y qué formas de vida son consideradas dignas de convertirse en información. En esa línea, la visualización crítica y la narración de datos pueden movilizar recursos afectivos e imaginativos capaces de cuestionar los regímenes dominantes de verdad y abrir otras formas de comprender la vida más allá

de su reducción a recurso explotable (Skiveren, 2020).

La gran virtud del libro reside precisamente en mostrar que la tecnología nunca es neutral. Detrás de cada algoritmo, cada plataforma y cada infraestructura digital existen decisiones económicas y políticas. Frente a la aparente inevitabilidad del capitalismo digital, Rikap nos recuerda que la pregunta decisiva es qué entendemos por progreso y quién tiene el poder de definirlo. La soberanía digital aparece como una apuesta democrática por producir conocimiento, información y formas de vida orientadas a la habitabilidad común y a una alegría verdaderamente colectiva. Por todo ello, *Teoría de la dependencia digital* constituye una lectura especialmente recomendable para quienes se interesen por las formas contemporáneas de producción de subjetividad, la reorganización del poder en el capitalismo digital y las posibilidades de construir estrategias de resistencia desde las propias infraestructuras, tecnologías y sistemas que hoy sostienen la acumulación capitalista.

Referencias

Couldry, N. y Mejías, U. (2019). *The cost of connection. How Data is colonizing human life and appropriating it for capitalism.* Stanford University Press.

D'Ignazio, C. y Klein, L. (2020). *Data Feminism.* The MIT Press.

Rikap, C. (2026). *Teoría de la dependencia digital. Soberanía y desarrollo en el capitalismo del siglo XXI.* Caja Negra.

Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 122-151). CLACSO.

Skiveren, T. (2020). Fictionality in New Materialism: (Re)Inventing Matter. *Theory, Culture & Society.* 39. DOI:10.1177/0263276420967408

Srnicek, N. (2018) *Capitalismo de plataformas.* Caja Negra.

Ignacio Blancas Albericio

(UNED, España)